

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

LA TRISTE Y DESNUDA REALIDAD

BAJO EL ESTRUENDO

MIENTRAS los bombardeos superféricos destruyen puentes, carreteras, ferrocarriles, centrales eléctricas y muelles portuarios, en el Vietnam del Norte y Sur, Henry Kissinger ha acudido presuroso a Pekín para continuar las conversaciones iniciadas hace unos meses por el presidente Nixon y Podgorny ha vuelto de Hanoi después de entrevistarse con el gobierno de esta capital. Corren rumores de paz negociada o al menos, de armisticio bélico. Se abren al parecer de nuevo las conversaciones interminables de París. La prensa acompaña al estrépito de las bombas con el griterío de sus titulares hirientes: «Ataque masivo aéreo», «El Vietnam, de rodillas», «La ofensiva norteña, detenida en seco», «An-Loc, revancha de Dien-Bien-Phu». Y se nos explica además minuciosamente, científicamente, cómo el sistema de los rayos laser precisa con matemática justeza la colocación del cohete en el objetivo elegido; el número de cráteres que ofrecen ciertas regiones del Vietnam central, semejantes a la luna y que demuestran lo eficaz de la destrucción del mismo suelo del país; la implacable defoliación llevada a cabo en la selva que, privada de hojas, parece un extraño y lúgubre paisaje surrealista. También nos refieren autorizados portavoces cuántos muertos diarios se logran por este gigantesco despliegue y cuál es el precio en máquinas, ingenios y explosivos de cada uno de esos muertos, lo que traducido en dólares viene a salir entre 20.000 ó 50.000 dólares por cabeza vietnamita comunista, según se aplique el cálculo de la organización A. o del Instituto B. a la macabra estimación.

¿Qué hay debajo de tanto estruendo? Objetivamente, los hechos siguientes: Nixon sabe que tiene que salir del Vietnam. El círculo infernal en que se metió Norteamérica en 1962 en el Sudoeste asiático por falsas razones de prestigio y por erróneas concepciones estratégicas, como la necia «teoría del dominó», sigue causando daños incalculables, no sólo a la imagen americana en el mundo, sino a la propia estabilidad interior del país, cuya conciencia crítica se despierta en oleadas

estremecidas a causa de esta lucha. A Lyndon Johnson, la guerra del Vietnam le costó la Presidencia. A Nixon podría representarle también un riesgo serio para su reelección. Lo que negocia Kissinger es simplemente que se permita al Ejército norteamericano salir con honor de la lucha, no como vencido, ni defendiendo el reembarque de sus últimas unidades, como los ingleses en Dunkerque. Una tan razonable exigencia la entienden rusos y chinos perfectamente. De ahí dimana, en parte, la moderada contención con que ambas potencias reaccionaron ante el minado de los puertos del Norte y el bombardeo de saturación. En realidad, en la fase actual de la crisis indochina, la paz del mundo se ha defendido por la prudencia soviética y china ante el desafío norteamericano. Moscú y Pekín estarán de acuerdo en que las fuerzas norteamericanas evacúen el Vietnam con normalidad.

Otro factor que seguramente se ha insinuado en las conversaciones por parte del pululante asesor del presidente ha sido la idea de que Nixon, agobiado por la presión electoral, estaría más dispuesto ahora a la generosidad, en cuanto a la participación del Vietcong comunista, en el gobierno de coalición que se formaría en Saigón, que después de ser reelegido. Es decir, que para Hanoi sería mejor negocio, a la larga el arreglo hoy que discutir la paz el día de mañana.

En cualquier caso, la guerra del Vietnam es una guerra perdida, si queremos llamar las cosas por su nombre. Ni la vietnamización dio resultados positivos —sin el apoyo aéreo y naval el sur apenas hubiese resistido— ni Hanoi se ha rendido, ni está de rodillas, ni levanta bandera blanca, sino la suya que fue la de la independencia nacional conquistada por Ho-Chi-Minh, el George Washington de aquella nación, en una lucha que empezó hace treinta años. Desde entonces el mundo ha conocido vertiginosamente acontecimientos de enorme trascendencia: el fin de la guerra mundial; la guerra fría; el monopolio nuclear; el equilibrio nuclear; el fin de la guerra fría; el deshielo

de los bloques ideológicos; el término de las hegemonías sustituidas por la coexistencia de varios centros de poder. ¿Cómo, se pregunta uno, puede haber dirigentes políticos y militares que razonen todavía en lenguaje de la era pre-atómica? ¿Cómo ha podido caer Norteamérica, con todo su gigantesco poder, en la ratonera de una guerra colonialista en que ningún interés vital, ninguna razón moral, lo impulsaba a actuar? ¿En virtud de qué engranaje psicológico, castrense o económico pudo embarcarse en tan siniestra aventura con el sacrificio de tantas decenas de miles de soldados, caídos en la más inútil, injustificada y desproporcionada de las guerras?

Rusia y China —que tienen temas de mucha más alta y general prioridad en sus diálogos con Estados Unidos— miran la guerra vietnamita con cierta parsimonia, pensando que el tiempo trabaja a su favor. El conflicto es para ellos una permanente fuente de propaganda antiamericana en los suelos asiáticos y, en general, en los países medianos y subdesarrollados que se sienten solidarios, con otro del mismo módulo, atacado sin resultado por la superpotencia. No sé si la guerra vietnamita durará todavía seis meses o seis años, pero sí me atrevería a pronosticar que al acabarse la contienda los misioneros y las cicatrices de un país de color, pobre, roto, destrozado, desfoliado y convertido en tierra calcinada por las armas de una nación blanca, rica y de civilización cristiana, serán objeto de interminables peregrinaciones políticas y que el resultado no será muy favorable para el mundo al que pertenecemos.

Tal es, a mi juicio, lo que se percibe a través del horrísono bombardeo cotidiano que me parece cortina, no de humo, sino de aniquilamiento, pero que trata, como aquella, de encubrir la triste y desnuda realidad.

José María DE AREILZA

DE CERCA

LA COMPASION, POR EJEMPLO

CUANDO empezaron a predominar las máquinas, ya se levantaron voces agoreras. «¡Acabaremos deshumanizándonos!» Hoy casi ni se habla del asunto: se da como por descontado. Las referencias inmediatas son las computadoras, el previsible robot, la frigididad sistemática del orden tecnocrático. En cierto modo, nuestra convivencia pierde «patetismo». Ni Romeo, ni Otelo, ni Falstaff, resultan imaginables en el mundo actual. Ni san Francisco de Asís ni santa María Egipcíaca. Creo que se me entiende. Lo cual tampoco significa que esta sociedad sea más «razonable» o «racional» que sus predecesoras. Las multitudes contemporáneas fluyen en un clima de «irracionalismo» abrumador. Pero lo otro también es claro: cada día, por las calles y las casas, se atenúan más las «pasiones». O mejor dicho: todo lo que arrastra un mínimo de carga «emotiva» es puesto en cuarentena. Se subsisten los amores núbiles, el afecto hacia las crías de la especie mientras son «crias», un leve escrúpulo ante el abuelo inválido, no se va más allá. E incluso tales situaciones se degradan a la carrera. No faltan individuos suspicaces que atribuyan el hecho a una maniobra siniestra, proyectada sólo Dios sabe dónde y por quién. La verdad es que las cosas se producen con una fatalidad implacable y sin que sea necesario que nadie las estimule. Tienen su causa en factores profundos de la evolución económica y social.

Un síntoma muy vistoso de la tendencia es, desde luego, la curiosa y rápida desvalorización de la caridad, que la gente de mis años ha podido presenciar. Ahora, hasta los mismos clérigos se esfuerzan en evitar la palabra. Los más conservadores se limitan a sustituirla por algún sinónimo: en vez de «caridad», hablan de «amor», pongo por caso. Los laicos —«laicos-laicos»— del pasado cercano habían hecho algo

parecido, y pusieron en circulación vocablos como «altruismo» y «filantropía». «Caridad» sonaba a «limosna», y eso explica la martingala lexicográfica. En la práctica, el planteamiento no variaba, ni varia, con descender la «caridad». Otro asunto es el alegato de curas y seglares, no infrecuente ya, que frente a la antigua «caridad» esgrime la «justicia». Lo vemos en pastorales de obispos y en discursos de ministros. Conviene advertir que estos matices todavía tienen como premisas el Derecho Romano y las Decretales de Graciano. La idea de «justicia», en definitiva, resulta menos pesosa que la de «caridad», cuando se ventila una situación de miseria o de oprobio. La «caridad» es una condescendencia que se recibe y que reclama gratitud; la «justicia» sabe percibir lo que a uno se le debe, el «suum cuique tribuere». La «caridad» es patética; emotiva. La «justicia», teóricamente, tiene que ser impávida: exacta.

Exacta: con sus balanzas. Una balanza carece de sentimientos. Funciona según unas leyes objetivas. Al postular la «justicia» por encima —o en vez— de la «caridad», se pretende una asepsia total en las relaciones habituales de la ciudadanía. La «beneficencia» es suplantada por la «seguridad social»: es todo un indicio. Las «seguridades» siguen siendo «beneficencia» en el fondo, pero ya es distinto el enfoque, y es distinta la aplicación. El obrero parado, en algunos sitios, no mendiga ni acude a buscar la sopa del convento o del cuartel, como hace poco más de medio siglo: cobra unos «subsídios». Y así, lo demás. El «hospital» se ha convertido en «clínica», y las monjas de vocación asistencial se confunden —a los ojos del paciente, y salvando lo que convenga salvar— con unas enfermeras rutinarias de serial televisivo. Personalmente, opino que la ventaja es consi-

derable. La «caridad» es arbitraria y fluctuante; la «justicia» descansa sobre reglamentos, cartillas, certificados y pólizas. El recurso de la «justicia» ofrece, de entrada, más esperanzas. Y el efecto moral aun es más importante. Las atenciones que se obtienen ya no son una «gracia», sino un «derecho». Exigible, por tanto. Aunque falte el funcionamiento, es preferible.

Insisto: son fórmulas que se imponen, y en su misma conformación legal y material comportan una explícita impaciencia desmitificante. Se deja a un lado lo «patético» de cada anécdota concreta. Lo «patético» molesta. ¿Y la «compasión»? Comencé esta nota pensando en ella. Quizá me he excedido en los preámbulos. Pero no. Los preámbulos son el tema, de hecho. ¿Quién se atreve a ser «compasivo», hoy día? ¿Quién es capaz de serlo?... Estas preguntas no son una cláusula de estilo, precisamente. No excluyen, por supuesto, tal o cual evidencia: la «compasión», al menos, continúa funcionando. Sólo será superficial cuando cada y cualquier desgracia, por insignificante que sea, encuentre remedio oficial ejecutivo enseguida. Me temo que eso suene a utopía. Mientras tanto, por lo menos, el «buen samaritano» será una joya. En un percalce de carretera, en un apuro domiciliario, caminando por la acera, la «ayuda» se improvisa, y hay que contar con la buena voluntad del prójimo. De momento. Es imprescindible una mínima dosis de «piedad» para que la ayuda se formalice. Las agencias de prensa informan, de vez en cuando, de casos abracadabrantes de indiferencia: un cuerpo abandonado en la calzada, víctima de sus convarias o de un coche, que no encuentra quien le eche una mano para la farmacia o para el sacramento. La «compasión» también admite sucedáneos: «solidaridad», por ejemplo. Me gusta más la «solidaridad» que la «compasión». Pero

la «compasión», hoy por hoy, sigue siendo —¡todavía!— más seria y más firme...

Lo malo de la «compasión» es que únicamente funciona de cerca. De ahí su «patetismo». «Compasión» significa algo como «padecer con»: compartir un padecimiento ajeno. La proximidad es fundamental. Sólo es posible la «compasión» con el prójimo: antes ya escribí «prójimo». Se siente «compasivo» ante el espectáculo directo de un drama: de un dolor cualquiera que se nos impone con su presencia viva. Las situaciones remotas se diluyen. No hay manera eficaz de ejercitar la «compasión» respecto a acontecimientos remotos: un terremoto, una epidemia, un hambre arraigada, una guerra. La lejanía paraliza el «pathos»: lo desfibra, cuando menos. Hace falta que el incidente sea muy aparatoso para que se movilice la «solidaridad». La «ayuda» será diplomática, a través de las oficinas del Estado, o bien algunas damas organizarán un festival recaudatorio. Los misioneros que periódicamente aterrizan con solicitudes de medicamentos y comida para cualquier tribu abandonada por el Colonialismo y por la Descolonización, son otra muestra de lo posible. Es difícil ser realmente «compasivo» con un individuo distante. Se da una pasata, a lo sumo, y en paz. El riesgo de la «des-patetización» general es este: que el «asegurado» cree que los demás tienen su «seguro», y que, llegado el caso, ya les atenderá el profesional oportuno... No intento defender la «compasión», ahora. No hago más que señalar las deficiencias —y no todas— de lo que se pretende su sucedáneo, llámese «solidaridad» o lo que se quiera. Y que conste que las «solidaridades» políticas nunca son más que eso: políticas...

JOAN FUSTER

pronovias *El suizo* **ATENCION**

Paseo de Gracia, 74 Lauria, 2

MAÑANA LUNES DIA 3
EMPIEZAN NUESTRAS
FABULOSAS REBAJAS

LENCERIA • CORSETERIA • BATAS • PIJAMAS
CAMISONES • COMBINACIONES Y JUEGOS DE NOVIA

NOTA: Durante nuestra venta especial continúa en nuestros salones la venta normal de vestidos de novia.

SOLICITE CATALOGO GRATIS

¿NO VE VD. BIEN?
Compre sus gafas en

OPTICA CLARAMUNT
PINO, 6

Gafa perfecta y económica

ATENCION SORDOS

INSTITUTO ORTOPEDICO SABATE
y la prestigiosa marca de fama mundial

SIEMENS

presentan en Barcelona su nueva gama de audifonos SIN RUIDO DE FONDO. Último adelanto de la técnica auditiva. Solicite una prueba sin compromiso. OPTICA SABATE, Calle Canuda 3 (esquina Rambla) BARCELONA

INGLES EN LONDRES

Cursos intensivos para principiantes y estudiantes avanzados
Pensión Completa en la escuela — Estancia en familias particulares
Soliciten folletos a:

Hillcrest School of English. — 40-41, Champion Hill, London S. E. 5. G. B.

LOTES LISTAS DE BODA OFERTA CAPIVIA

BAZAR PERPINÁ
Rda. San Pablo, 4, 6 y 8
Tel. 242735

1 TELEVISOR. 1 FRIGORIFICO
1 LAVADORA. 1 CUCINA

POR SOLO 19.991 PTAS.

TODAS LAS MARCAS FACILIDADES DE PAGO

INVERSION SEGURA

Garantizamos el 19 %, a 18 meses plazo fijo, o 17 % cobrando intereses semestralmente, sin descuentos ni gastos de ninguna clase
Interesados, escribir al Apdo. de Correos, 24.004